

EL IDEAL INTERNACIONALISTA

II Parte

La Tercera Internacional

La Tercera Internacional o Internacional Comunista (Comintern) nace oficialmente en una reunión de partidos y grupos del ala izquierda del movimiento socialista celebrada en Moscú en marzo de 1919. La reunión de Moscú constituía la respuesta bolchevique a los intentos del ala centro-derecha del movimiento socialista de revivir la Segunda Internacional, en una reunión de partidos socialistas europeos celebrada en Berna en febrero del mismo año.

La profunda --y en definitiva, insoluble-- escisión del movimiento socialista que se manifiesta en estas dos reuniones rivales se deriva fundamentalmente de tres acontecimientos importantes:

- (1) la desintegración organizativa que sufrió la Segunda Internacional durante la T Guerra Mundial, cuando sus miembros abandonaron sus principios internacionalistas para apoyar los intereses "nacionales" respectivos;
- (2) la crisis --económica, política y social-- que se extiende por los principales países de Europa como consecuencia de los trastornos producidos por la guerra;
- (3) el triunfo de la Revolución de Octubre en Rusia.

Para los bolcheviques, eran claras las lecciones que debían derivarse de estos hechos. Por una parte, la bancarrota del reformismo de la Segunda Internacional había quedado revelado de forma concreta y aplastante; al mismo tiempo, se confirmaban cabalmente los planteamientos bolcheviques sobre el carácter transitorio de la prosperidad y estabilidad del capitalismo, la inevi-

tabilidad de que las contradicciones inherentes al sistema no puedan resolverse y precipiten a la larga la crisis definitiva.

En particular, el triunfo bolchevique y el fermento social y político en varios países europeos importantes --en especial Alemania indicaban que se estaba desencadenando el proceso revolucionario internacional que por fin enterraría al capitalismo e inauguraría una nueva época en la historia del hombre.

Esta expectativa revolucionaria hacía necesario desarrollar una nueva organización que evitase las notorias debilidades organizativas y la impotencia práctica de la Segunda Internacional, y que fuese capaz de encauzar en forma decidida y militante la lucha revolucionaria en contra del capitalismo desarrollando una estrategia coherente en escala internacional.

Sólo a partir de estas premisas se pueden entender las peculiaridades de la organiza-

DURANTE SUS PRIMEROS AÑOS LA INTERNACIONAL COMUNISTA EXPERIMENTÓ UN AUGE IMPRESIONANTE: SE LE INCORPORABA LA MAYORÍA DEL MOVIMIENTO SOCIALISTA EUROPEO

ción internacional que surgió de la reunión de Moscú, al igual que su desarrollo y destino posterior.

Para poder llevar a cabo su función revolucionaria a través de la crisis capitalista general, ya inminente, la Comintern se estructuró con un alto grado de centralización organizativa, cohesión ideológica y disciplina cuasi militar; todo ello a diferencia de las dos Internacionales anteriores.

Por una parte, se insistió en lograr una hegemonía ideológica: la Comintern comprendía exclusivamente a los partidos o grupos del ala izquierda del movimiento socialista, comprometidos todos a una línea política militante y consecuentemente revolucionaria.

Por otra, en la Internacional Comunista todos los miembros o secciones nacionales estaban totalmente subordinados al aparato central de la organización. Este establecía tanto la orientación política (compuesta fundamentalmente por los planteamientos bolcheviques) como la estrategia común, encaminada a promover con todos los medios disponibles, la revolución proletaria mundial.

Para la Comintern, este objetivo global tenía prioridad absoluta sobre cualquier interés o meta particular o nacional.

En suma, la Comintern se estructuró como si fuera un solo partido comunista de escala mundial, en vez de una federación de grupos o partidos. Se vislumbraba su función histórica en analogía al papel desempeñado por el partido bolchevique en la Revolución de Octubre, a saber, como vanguardia disciplinada, cohesiva y militante del proceso revolucionario mundial. El Segundo Congreso de la Comintern, celebrado en 1920, formalizó esta estructura

monolítica en 21 Condiciones que establecían los rigurosos requisitos para ingreso en la organización.

Durante sus primeros años de existencia --mientras duró la efervescencia revolucionaria en Europa-- la Internacional Comunista tuvo un auge impresionante: se calcula que ya para 1920 la mayoría del movimiento socialista europeo se había adherido a la Comintern, o por lo menos, estaba bajo su influencia. De igual modo, sin embargo, decayó su fuerza considerablemente al fracasar (ya sea porque no llegaron a producirse o porque fueron aplastados) los diversos intentos revolucionarios en Europa central y oriental, especialmente en Alemania, en los que habían cifrado tantas esperanzas la Internacional y los bolcheviques.

En 1921 ya se podía discernir con claridad meridiana que el potencial revolucionario europeo se disipaba vertiginosamente y que se inauguraba una nueva etapa de estabilización y consolidación del capitalismo en el continente.

La Unión Soviética, por otra parte, se encontraba completamente devastada y al borde del caos, fruto de la sangrienta guerra civil y las intervenciones militares de las potencias capitalistas que sufrió durante esos años.

Estaba, pues, en vísperas de realizarse la peor de las pesadillas de los líderes bolcheviques: tener que llevar a cabo la construcción del socialismo en una Rusia débil, subdesarrollada, exhausta física y espiritualmente, cercada y hostigada por potencias hostiles.

Esta terrible constelación histórica obligó a los líderes bolcheviques a hacer una penosa reevaluación de la política soviética, tanto nacional como internacional.

Había que concentrar todos los esfuerzos en la tarea suprema de reconstruir el país y defenderlo a toda costa de sus múltiples enemigos. Para esto, había que desechar sin misericordia todas las ilusiones e ideales nobles pero irrealizables, y trazarse unos objetivos mínimos, modestos pero alcanzables, fundados en un análisis brutalmente realista de la situación y sus potencialidades efectivas. La amarga verdad era que había que replegarse.

En la esfera nacional el repliegue tomó la forma de la Nueva Política Económica (NEP), que significaba el reconocimiento de que no podía procederse directamente a la edificación integral del socialismo (como se había esperado originalmente), sino que en el futuro inmediato el socialismo tendría que coexistir dentro de la Unión Soviética con formas capitalistas de producción.

En su informe al Cuarto Congreso de la Comintern, en 1922, Lenin explicó con franqueza ejemplar esta difícil decisión:

"... en 1921, después de haber superado la etapa más importante de la guerra civil y de haberla superado victoriosamente, nos enfrentamos con una gran crisis política interna --yo supongo que la mayor-- de la Rusia Soviética, crisis que suscitó el descontento no sólo de una parte considerable de los campesinos, sino también de los obreros. Fue la primera vez, y confío en que será la última en la historia de la Rusia Soviética, que grandes masas de campesinos estaban contra nosotros, no de modo consciente, sino instintivo, por su estado de ánimo.

"¿A qué se deba esta situación tan original y, claro es, tan desagradable para nosotros? La causa consistía en que habíamos avanzado demasiado en nuestra ofensiva económica, en que no nos habíamos asegurado una base suficiente, en que las masas sentían lo que nosotros aún no supimos formular entonces de manera consciente, pero que muy pronto, unas semanas después, reconocimos: que el paso directo a formas puramente socialistas de economía, a la distribución puramente socialista, era superior a nuestras fuerzas y que si no estábamos en condiciones de efectuar un repliegue, para limitarnos a tareas más fáciles, nos amenazaría la bancarrota."

(Lenin, "Cinco Años de la Revolución Rusa y Perspectivas de la Revolución Mundial." Obras Escogidas, III, p 767.)

Concretamente, el NEP proponía una mezcla peculiar de socialismo y capitalismo. El gobierno era socialista y, nominalmente, los medios de producción era propiedad pública. De hecho, el estado controlaba y administraba la industria pesada (10% de la industria total, pero empleando 80% de los trabajadores industriales). Las demás empresas industriales se le devolvían a sus antiguos dueños o se le arrendaban a individuos particulares o cooperativas; se abandonaban prácticamente todos los planes de socialización con relación a la agricultura, dejando el cultivo de la tierra en manos de los pequeños campesinos.

En el plano internacional, el repliegue fue igualmente drástico. Había que reconocer --si no públicamente, por lo menos tácitamente-- que el capitalismo tenía un plazo de vida más largo que lo anticipado originalmente y, por ende, la Unión Soviética estaba condenada a tratar de sobrevivir precariamente como bastión socialista asediado, durante el futuro previsible, por un mundo capitalista.

Ya que el potencial revolucionario del proletariado europeo se había extinguido por el momento, era necesario postergar indefinidamente el objetivo original de promover la revolución proletaria mundial en los países avanzados, suplantándolo por el objetivo de defender a toda costa a la Unión Soviética.

Para los partidos comunistas nacionales afiliados a la Comintern, el nuevo programa de acción comprendía esencialmente tres metas para el futuro inmediato:

(a) adaptarse a la nueva estabilización del capitalismo en sus respectivos países, buscando sobrevivir hasta que volviera

¿QUE SIGNIFICO EL REPLIEGUE DEL COMINTERN EN EL PLANO INTERNACIONAL?

- a darse una situación revolucionaria en escala continental;
- (b) evitar todo tipo de aventuras revolucionarias que pudieran comprometer internacionalmente la seguridad de la Unión Soviética;
- (c) defender, por todos los medios posibles, la construcción del socialismo en la Unión Soviética.

En suma, la Comintern se proponía tácitamente una "tregua" en la lucha contra el capitalismo, en espera de que surgiesen otra vez las condiciones propicias para la revolución mundial y, además, para darle un "respiro" a la Unión Soviética en su difícil tarea de reconstrucción del país y desarrollo del socialismo.

Este repliegue táctico de la Comintern, sin embargo, no estuvo acompañado de un relajamiento de la centralización y disciplina férrea de la organización, sino que, al contrario, la Internacional se hizo aún más monolítica, subordinando totalmente a los partidos comunistas nacionales a la dirección internacional. Esta centralización y disciplina extremas, que se justificaban originalmente a la luz de la expectativa de un proceso revolucionario mundial inminente, habían perdido su razón de ser en la nueva situación histórica que prevalecía en Europa a partir del 1921.

En efecto, la inflexibilidad y rigidez de la Comintern incapacitó a los partidos comunistas para responder adecuadamente a las condiciones particulares de sus países respectivos, lo cual constituyó una de las causas principales de la debilidad general de la Comintern en esos años.

La nueva orientación de la política internacional soviética y de la Comintern fue continuada, intensificada --y también exagerada y deformada-- por Stalin

después de la muerte de Lenin (21 de enero de 1924), lo que constituyó uno de los puntos de más agria controversia en la pugna por el poder que Stalin y Trotsky libraron desde 1924 hasta 1928.

Mientras Stalin defendía la posibilidad y la necesidad de desarrollar el "socialismo en un solo país," Trotsky recurría al viejo concepto marxista de la "revolución permanente" [véase LA ESCALERA, II, 6-7, p 447] para expresar su convicción de que la Unión Soviética debía cifrar fundamentalmente sus esperanzas en la realización de la revolución proletaria mundial, ya que sólo con el triunfo de ésta podría lograrse la consolidación definitiva del socialismo en Rusia:

"El internacionalismo no es un principio abstracto sino el reflejo teórico y político de la naturaleza de la economía mundial, del desarrollo mundial de las fuerzas productivas y de la escala mundial de la lucha de clases.

"La revolución socialista comienza sobre una base nacional, pero no puede ser completada exclusivamente sobre esa base. Mantener a la revolución proletaria dentro de un marco nacional sólo puede ser una situación provisional, aunque, como muestra la experiencia de la Unión Soviética, una de larga duración.

"En una revolución proletaria aislada, las contradicciones internas y externas crecen junto con los éxitos logrados. De permanecer aislado, el estado proletario tiene finalmente que caer víctima de esas contradicciones. La única salida consiste en la victoria del proletariado de los países avanzados. Desde este punto de vista, una revolución nacional no es un todo autosuficiente; es sólo un eslabón en la cadena internacional. La revolución internacional constituye un proceso permanente, a pesar de decadencias y reflujos temporeros." (La Revolución Permanente. Introducción.)

Los líderes bolcheviques se enfrentaron en la década de 1920 a una situación análoga a la que tuvieron que enfrentar Marx y Engels en los años 1848-50. Véase LA ESCALERA,

II, 6-7, p 44/ En una situación todavía fluida y algo confusa, había que aquilatar --sin hacerse de ilusiones-- el potencial revolucionario del momento histórico, al igual que sus perspectivas futuras, y trazar una línea política correspondiente, evitando tanto el utopismo o aventurerismo como el oportunismo claudicante.

La política staliniana del "socialismo en un solo país," que prolongaba y desarrollaba el repliegue táctico inaugurado por Lenin, reconocía de hecho (aun no teórica ni retóricamente) el estancamiento del proceso revolucionario en Europa, y por ende, la futilidad de seguir tratando empecinadamente de "hacer la revolución" mientras prevalecieran estas nuevas condiciones históricas --reconocimiento análogo al repudio enérgico que hacen Marx y Engels, a partir de 1850, de todos los intentos ultrazquierdistas de "seguir jugando a la revolución" en un período de estabilidad y prosperidad capitalistas.

Trotsky, en cambio, insistía en la continuidad fundamental del proceso revolucionario, no obstante los relapsos temporeros, y se aferraba a la concepción clásica que le asignaba al proletariado de los países avanzados de Europa desempeñar el papel central en la revolución mundial.

Si bien es cierto que la historia de los últimos 40 años ha tendido a confirmar el estimado staliniano de las perspectivas revolucionarias en los países avanzados, no es menos cierto que Trotsky, por otra parte, tenía amplia razón al señalar que, bajo la consigna del "socialismo en un solo país," Stalin estaba de hecho desarrollando una política fundamentalmente oportunista, que abandonaba para todos los efectos prácticos los principios revolucionarios e internacionales que animaban originalmente a la política bolchevique y la Tercera Internacional.

La revolución china de 1925-27 constituye un triste ejemplo de esto.

La revolución china, que estalló en mayo de 1925 en Shanghai a raíz de una masacre de obreros y estudiantes llevada a cabo por los soldados ingleses, se desarrolló principalmente en las grandes ciudades costaneras --Cantón y Shanghai en particular--, aunque también repercutió profundamente en el campo.

La Comintern prestó su apoyo a la revolución china, ya que se trataba de un movimiento profundamente antimperialista y que evidentemente contribuía a debilitar a los enemigos mortales de la Unión Soviética.

Pero Stalin y el Ejecutivo de la Comintern rehusaron categóricamente admitir la posibilidad de que la lucha antimperialista china pudiera desembocar en una revolución socialista, a pesar de que los protagonistas más importantes y militantes de esa lucha eran precisamente los sindicatos obreros de los grandes centros industriales.

Para Stalin y la Comintern, la revolución china era, y no podía ser otra cosa, que burguesa y no proletaria: la tarea histórica de la revolución china no era la implantación del socialismo, sino más bien lograr la independencia nacional y, además, modernizar al país.

Por lo tanto, los obreros y su vanguardia, los comunistas, no debían aspirar a establecer la dictadura del proletariado sino que debían colaborar en un frente unido (el "bloque de las cuatro clases": la burguesía nacional, la pequeña burguesía, la clase obrera y el campesinado) para lograr estos objetivos de carácter nacional-burgués. En particular, los comunistas chinos debían sacrificar toda política independiente y subordinar totalmente su lucha a la estrategia del Kuomintang, el partido nacionalista

capitalistas. Hoy, la contrarrevolución fascista ataca a la democracia burguesa, esforzándose por someter a los trabajadores al régimen más bárbaro de explotación y aplastamiento. Hoy, las masas trabajadoras de una serie de países capitalistas, se ven obligadas a escoger concretamente para el día de hoy, no entre la dictadura del proletariado y la democracia burguesa, sino entre la democracia burguesa y el fascismo" (Obras Escogidas, pp 190-1).

Se descartaba abruptamente toda la política ultra-izquierdista y se proclamaba la necesidad de formas amplias "frentes populares" que aglutinaran a todas las fuerzas antifascistas, fuesen comunistas, social-demócratas, liberales y aún conservadores. Aún más: para poder participar efectivamente en esta lucha común sin espantar a los sectores más moderados, la Comintern decide de-énfatizar los aspectos más radicales, anticapitalistas de su programa y centrar toda la atención sobre el objetivo común: la defensa de la civilización y la democracia frente a la barbarie fascista.

La Comintern evidenció un nuevo auge durante estos años y los comunistas tuvieron una participación destacada en los "frentes populares." Pero el nuevo prestigio sufrió un severo golpe en agosto de 1939, cuando Stalin firmó un pacto de no-agresión con Hitler. ¿Cómo podían los partidos nacionales justificar la lucha antifascista militante que promovían en sus respectivos países cuando el líder internacional del movimiento comunista pactaba con el líder del fascismo?

La Comintern tuvo que suspender abruptamente su campaña anti-hitlerista y asumir una posición ambivalente, de neutralidad aparente. Ahora se sostenía que tanto las potencias occidentales "democráticas" como las potencias fascistas perseguían fines imperialistas en la guerra: por lo tanto, un bando no era mejor que el otro y las clases obreras debían oponerse a la guerra y luchar por la paz.

Stalin justificó el pacto de no-agresión como una maniobra diplomática para ganar tiempo para preparar a la nación para la inevitable confrontación con el fascismo.

En un discurso pronunciado en 1941, dice: "Se podría preguntar, ¿cómo fue posible que el gobierno soviético consintiera a un pacto de no-agresión con gente tan pérfida, con monstruos tales como Hitler y Ribbentrop? ¿No fue ésto un error de parte del gobierno soviético?... /No./... Logramos asegurarle al país año y medio de paz y la oportunidad de reparar nuestras fuerzas" (Discursos de guerra, p 8).

Es debatible cuánto se ganó realmente con esta tregua temporera que tanto costó en términos de prestigio y solidaridad internacional. Lo que es indudable es que el pacto fue nada menos que catastrófico para la Comintern y afectó adversamente al movimiento socialista mundial.

Hitler se ocupó de librar a Stalin de su bochornoso compromiso, invadiendo a Rusia en el verano de 1941. Pero ya la Comintern no tenía una función práctica que realizar. Bajo las condiciones de guerra mundial, se hacía muy difícil, si no imposible, coordinar las actividades de los distintos partidos comunistas desde un centro internacional. Además, para promover la alianza con las grandes potencias occidentales (capitalistas) para la lucha común contra el fascismo, era conveniente de-énfatizar el programa de revolución internacional anticapitalista. Por lo tanto, se decidió en abril de 1943 disolver la Comintern.

Así, la Tercera Internacional, que surgió de los escombros de la I Guerra Mundial en medio de un gran entusiasmo revolucionario, llegó a su fin durante la II Guerra Mundial, en medio de una lucha desesperada, a muerte, por salvar al primer país socialista del embate fascista.

Sin embargo, no se puede concluir este recuento de las vicisitudes de la Comintern sin señalar por lo menos uno de sus logros positivos fundamentales. Es su gran mérito haber internacionalizado efectivamente al movimiento socialista ya que se propuso y en gran medida logró extender las ideas socialistas fuera del continente europeo, en especial a las vastas regiones coloniales del Cercano Oriente, Asia Central y el Lejano Oriente.

(Continuará)